

apasionado; no era menester decirme que era la amable señora Florentina. Sus bellísimas facciones están ya gravadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazón. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo presente el original. Señor, me dixo Florentina, son muy excesivas vuestras expresiones, y no soy tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagais caso de lo que dice mi hija (me interrumpió su padre) y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dexó solo con su hija, y él tomando de la mano á Morales se fue á otro quarto con él, y le dixo: con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una quadrilla de bandoleros, y no nos dexó mas que el vestido que traemos áuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparémos con la decencia que es razon.

Pero mientras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo, sacando un bolsillo, y alargándoselo, hay van esos cien doblones, de que podreis disponer. Jesus, señor, replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que mi amo me re-

reñirá, y quizá me despedirá de su servicio. ¡Santo Dios! todavía no le conoce Vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fue de aquellos niños que están prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pedirá limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dixo el buen hombre; ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas. Eso se dexa para los caballeros, los cuales están ya en antigua posesion de contraerlas. Así que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar quando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el asunto. Diciendo esto hizo ademán de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dixo: tenga Vmd., señor, que ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Es verdad que mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfío hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estranos, y otra es recibirle quando espontaneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia muy bien pedir dinero á su padre quando le habia menester. Es un mozo que como Vmd. vé, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteándonos á cumplimientos. In-

terrumplió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él, y de lo muy obligado que me estaba, sobre lo qual se desahogo en expresiones, que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dixe que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio, era el acelerar quanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y que ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, añadiría otros quatro mil para darme esta nueva prueba de lo obligado que estaba á la caballerosa accion con que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegría el molesto recelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paysano, cargado con una ma-

maleta. No me hallaba yo en casa á la sazón, pero estaba en ella Morales. Señor, dixo el paysano al buen viejo, yo soy criado de aquel Caballero de Calatrava, que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aquí dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto, quando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo ayroso, y de la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina, el qual no le dexó acabar su salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dixo: y bien, ¿qué quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno, y descaradísimo, le respondió prontamente: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrambos bien, pero muy particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dixo: señores, Vmds. llegan ya tarde, porque otro los ha prevenido. El señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire Vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero, un impostor. Mi padre, el señor Juan Velez de la Membrilla, no tiene mas hijo que

que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo. Yo sé muy bien quien eres tú. ¿No conoces á este mozo (señalando á Morales) á cuyo amo robaste en el camino? ¡Cómo robar! (repuso con enojo el novio.) A no estar en vuestra casa, yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto contiene mi justa cólera: mire Vmd. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el señor Agustín, su hermano, prometió la hija de Vmd. ¿Quiere que le muestre todas las cartas que se escribieron quando se trataba este matrimonio? Creerá Vmd. al retrato de su hija, que me envió el señor Agustín poco antes de su muerte?

No (replicó el viejo): ni el retrato, ni las cartas probarán nada para mí. Estoy muy informado del modo con que cayeron en vuestras manos; y el consejo mas caritativo que os puedo dar es, que quanto antes os retireis de Mérida para libraros del castigo que merecen vuestros semejantes. Esto ya es demasiado (interrumpió el ultrajado mozo). Nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo hagan pasar por un salteador de caminos. Conozco á varias personas de esta ciudad, y ellas me conocen á mí. Voy á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciendo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante.

Es-

Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo día, á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, y bien, no dexaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y profundamente enagenado. ¿Qué tienes, amigo? le pregunté: pareceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria, como saliera bien; pero segun todas las apariencias acabará muy mal, y soy de parecer que antes que se acabe el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, Vmd. es un hombre muy dócil, y cede facilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á Don Matias del Cordel, y á los demas Caballeros de la orden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la

es-

escuela de tan insignes maestros, no debe asustarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos heroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela, yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo, que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, repuso mi camarada desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apenas habia acabado de hablar Morales, quando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche (me dixo) serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del correspondal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no fue poca su sorpresa quando me oyó decir con el semblante mas triste, y el ayre de la mayor sinceridad que me fue posible afectar: señor, de mí dependería manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¿Qué es lo que oygo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué, no sois vos el mozo á quien mi hermano.... Sosiéguese Vmd. Señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé á descubrirme, sírvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho dias há que amo ciegamente á vuestra

tra

tra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pediros la por esposa; pero me cerrásteis la boca quando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dixisteis que al morir vuestro hermano os habia conjurado que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que así se lo ofrecisteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el stratagema de que me he valido. Es cierto que mil veces secretamente me he avergonzado yo mismo de esta cautela; pero me persuadí que vos mismo me la perdonariais, quando llegaseis á saber que soy un Príncipe Italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es Soberano de ciertos valles, que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginábase sorprenderos agradablemente quando os revelase mi nacimiento: y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, quando despues de haberla dado mi mano, supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí, mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuéstemelo lo que me costare. En virtud de vuestra promesa os creéis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme: pues debéis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro

her-

hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto de cumplir otra, la qual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustín, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un gran Señor, un Príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta execucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que Vmd. partiese de carrera y con precipitacion: atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí, interrumpió Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, Príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á
su

su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran Príncipe: Morales, que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dixo: Señor Príncipe Italiano, hijo del Soberano de los Valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. S. que me arroje á sus pies para darle testimonio de mi alegría, y de mi pasmosa admiracion. A fé de grandísimo bribon, que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo, pero hablando francamente, arrió vanderá á vista de tu pavellon, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes inquietud? Seguramente no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: ahora que venga su merced quando quisiere. Y étenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estrivos que unos Gerineldos. Comenzamos á discurrir sobre el partido que habiamos de tomar luego que recibiésemos la dote, con la qual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavia no la habiamos agarrado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes, y por su tez amulatada, como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dixo el tal mozo, aquí

os presento á estos tres hombres de bien, que me conocen, y pueden decir quien soy. Sí por cierto, dixo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos aquellos que convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Qualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario es un embustero, y un solemnísimos impostor. Señor alguacil, dixo entónçes el buen Mojadas, yo le creo á Vmd. A mí me basta su testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoy plenamente convencido de que este caballero que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa á mí? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de resolución, y no quiero darle á mi hija.

Oh! eso es otra cosa, dixo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Mojadas; pero desearia saber por qué motivo ha mudado de resolución. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; antes bien os confesaré que me cuesta dolor verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones.

Vos

Vos mismo sois tan racional y generoso que me persuado no llevareis á mal que yo hubiese preferido á vos un pretendiente á quien soy deudor de la vida. Este es el caballero que veis aqui: este señor (prosiguió tomándome por la mano) es el que me libró de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, y mayor satisfacción vuestra, debo añadir que es un Príncipe Italiano.

Al oír esto Pedro quedó muy confuso. Los dos mercaderes, mirándose unos á otros, con los ojos abiertos y espantados. Pero el alguacil, como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte, sospechó que tras aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podía valer algunos quartos. Comenzó á mirarme con la mayor atención, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi Alteza, conoció á Morales, y se acordó de haberle visto en la carcel de Ciudad Real. Ah! ah! exclamó, sin poderse contener: hé aquí un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona, y os lo declaro por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus Reynos y Señorios. Poco á poco, señor alguacil, dixo Gerónimo Mojadas, que ese pobre mozo es un criado del Señor Príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo

Z 2

creer.

creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que estos dos señores son dos insignes picaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de pájaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voy á llevarlos á la carcel. Quiero que se aboquen con el Señor Corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su Señoría que todavía se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, señor oficial, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Dígame Vmd. ¿no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los Príncipes? Vmd. nos burla con sus Príncipes, repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos por el Rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la carcel por su pié, dexé á la puerta veinte ministriles que le llevarán arrastrando. Alons, Príncipe, me dixo, vamos caminando.

Confieso que me turbé al oír estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Mojadas, ó por mejor decir, nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habíamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debia hacer en semejante ocasion. Señor oficial, dixo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden

den ser falsas. Pero sean lo que fueren, no apurémonos mas la materia. Permitid que estos caballeros se retiren á donde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les tengo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la carcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo por respeto á ella quiero dispensarme ahora en el cumplimiento de mi deber; pero con la indispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios que verán lo que les pasa.

Quando Morales y yo oimos que estábamos libres, volvimos á respirar. Amagamos á querer hablar con resolucion, y sostener que eramos hombres de honor; pero el alguacil nos miró al soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vímonos, pues, precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verosimilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.

